

«pedazos á fuerza de la miseria; y si no han espirado aun, después del atroz vapuleo que han sufrido, padecen en los calabozos, donde se hallan, cuanto tiene de mas duro la pobreza mas «extremada.»

Esta carta, tan elocuente en amargura, hubiera despertado el celo del patriarca Mendez, si este Jesuita hubiese sido capaz de adormecerse un momento; pero atento siempre á su desolada iglesia, no consintió jamás en abandonar las Indias: esperaba que la Etiopia se le franquearia en sus últimos dias como una palma reservada á su ambicion del martirio, y murió sin poderlo conseguir. Empero, si esta region les cerraba el acceso; si por distintas veces trataron de forzar el reducto; si contando con el apoyo de Luis XIV se dirigió á ella el P. Brévedent hácia el año 1700, no consiguiendo obtener otro resultado que el de espirar á impulsos del cansancio en medio del desierto; mas afortunados los PP. Grénier y Paulet penetraron en el Pennaar: aunque tambien encallaron sus tentativas, así como la que meditaba el Padre Du Bernat.

Rechazados de Etiopia los Jesuitas, merced al cisma de Oriente y á las maquinaciones de los hombres, se dirigen hácia el Cáucaso, desde donde los PP. Hipólito Desideri y Manuel Freyre se deciden á llevar el Evangelio hasta el reino de Tibet. Después de recorrer el Mogol atravesando montañas que ningun europeo habia penetrado, llegan después de larguísimos viajes, á través de los torrentes y precipicios, á los valles de Cachemira. Mas no es aquí tampoco adonde les llama su idea de civilizacion; los pueblos de estas comarcas son mahometanos y viven felices; nada tienen que pedir á la tierra, ni tal vez piensan exigir del cielo otra cosa que la ventura de que disfrutan. En el gran Tibet existen otros pueblos idólatras sumidos entre dos cadenas de rocas áridas, por las que es preciso abrirse paso á riesgo de sepultarse vivos en el fondo de los abismos que rugen bajo sus plantas; tal es el país al que consagran los afanes de su mision. Los Jesuitas no encuentran otro alimento que una especie de harina de cebada, ni otro lecho que una dura piedra cubierta de hielo ó nieve; pero se han propuesto correr al peligro, y marchan sin vacilar hasta llegar á Ladak, residencia ordinaria del Soberano. En unas poblaciones vírgenes, cuyas costumbres no estaban aun corrompidas por los excesos de la civilizacion, no era difícil aclimatar los be-

neficios de la Cruz, y por consiguiente no tardaron en propagar su signo, haciéndole objeto de pública veneracion. Pero restábalos todavía consumir una mision mas ardua; érales preciso llevar á cabo una prediccion del Evangelio; la voz del Apóstol debia resonar en todos los rincones del mundo. Se les decia que detrás de aquellos gigantescos témpanos, y mas allá de aquellas rocas y torrentes, existia una tribu completamente separada del resto de los mortales; y sin causarles la menor pavora los inauditos riesgos á que van á exponerse durante los seis meses que necesitan para arribar á Lahassa, capital de este tercer Tibet, toman en su mano el báculo del misionero, llegan y predicán.

Surcando otros viajeros los mares habian observado que entre el trópico de Cáncer y la línea equinoccial, á la extremidad del Océano pacífico existia un grupo de islas, cuyos habitantes vivian, segun se aseguraba, en la mas completa ignorancia. Reducidos al estado de la barbarie mas degradante no tenian mas ley que un instinto grosero, ni mas costumbres que una corrupcion anticipada. El P. Luis Sanvitores, que habia ya evangelizado en Filipinas, forma el proyecto de penetrar en este archipiélago con el objeto de anunciar allí el cristianismo; y saliendo de Acapulco en compañía de los PP. Tomás Cardeñoso, Luis de Medina, Pedro Casanova, Luis Morales y Lorenzo Bustillos, abordan en 1668 á las islas Marianas ó *Ladronas*, en donde fueron acogidos por sus habitantes con grandes demostraciones de júbilo. Después de plantar en la ribera el estandarte de la Cruz, se apresuran los misioneros á recorrer el país tomando posesion de él por medio del Bautismo que administran á los párvulos; y mientras que Sanvitores se encarga de instruir á Guan, la principal de estas islas, en los misterios de la fe, Cardeñoso y Morales se encaminan hácia Tinian, y Medina se dirige á Saipan.

Ningun obstáculo encontraban los misioneros en estos pueblos, que moderados é inteligentes, comprendian y gustaban la moral cristiana, y se mostraban favorablemente dispuestos á aceptar los principios de orden emanados de una religion que les enseñaba nuevos deberes. Sin existir ni aun remotamente entre ellos la menor idea de familia, se creían no obstante la única nacion del mundo; y viviendo en un libertinaje tradicional, ignoraban lo que pudiese significar la palabra virtud. Iban completamente desnudos; y merced á un extraño pensamiento de coquetismo, las mu-

jerres no se creían realmente hermosas hasta haber conseguido ennegrecer sus dientes y emblanquecer sus cabellos.

Sanvitores, como todos los Jesuitas, habia puesto en los niños sus mas caras esperanzas, y trató de formarlos con un especial esmero, echando en seguida los cimientos de un colegio, con el objeto de desarrollar por medio de la educacion el gérmen de las virtudes, y hacerle entrar en el seno de las familias por medio de los jóvenes. La influencia del cristianismo y el atractivo de la novedad habian suspendido hasta entonces las antiguas querellas; pero estas fueron poco á poco reviviendo, hasta que habiendo estallado la guerra á pesar de las amenazas y súplicas de los Jesuitas, devolvió á los isleños su nativa ferocidad, de que pereció víctima el P. Luis Medina en 29 de enero de 1670. Juzgando el Padre Sanvitores que una vez alborotados los marianeses, no tardarian en prepararles á él y sus compañeros un destino idéntico al de Medina, después de predisponerse con júbilo, continuaron su apostolado, vivificando la fe en el corazon de sus catecúmenos, y enseñándoles á ser castos y humanos. El 2 de abril de 1672 espiró Sanvitores mártir de su celo, después de haber creado en estas islas ocho iglesias y tres colegios, y bautizado mas de cincuenta mil salvajes. Siguióle poco después á la tumba el P. Solano, que falleció con algunos meses de intervalo abrumado de fatigas. El 2 de febrero de 1674 se vió fecundizado este inculto suelo con la sangre del P. Ezguerra, que en union de Luis de Vera, Picazo y sus catequistas, sufrió el martirio que tanto anhelaba. Decididos los indígenas á degollar á cuantos misioneros podian haber á las manos, asesinaron de allí á poco á los PP. San Basilio, Sebastian Mauroy, Strobach, Carlos Boranga, Comans y al hermano coadjutor Pedro Diaz, cuyo martirio, glorificado por la Iglesia y la civilizacion, sirvió de nuevo estímulo á los Jesuitas sus colegas. Empero, si Sanvitores y sus consocios no habian conseguido otra cosa que abrir á la cruz un campo limitado; si la perfidia de los indígenas habia sufocado su voz en los tormentos, los PP. Antonio Fuccio, Basilio Leroulx y Pablo Clain tuvieron la satisfaccion de ver multiplicada la mies regada con la sangre de sus predecesores, y convertidos al cristianismo á los marianeses, propagándose felizmente en estos archipiélagos la semilla del Evangelio.

La obra de los Jesuitas se difundia con rapidez: desde Roma

y Goa¹, sus dos centros de accion, extendia sus ramificaciones por todo el universo fundando nuevas residencias, sin abandonar jamás las antiguas; en una palabra, el cristianismo volaba á la conquista de mundos desconocidos. En este eterno combate de la civilizacion cristiana contra la ignorancia y el fanatismo, colocados siempre los Jesuitas en primera fila, no se dejaron jamás embriagar por el triunfo, ni abatir por la derrota; y empeñados en esta lucha sin término, inaugurada por el Apóstol de las Indias, marchaban incesantemente á su objeto, sin desalentarse á vista de los obstáculos. Las guerras y las revoluciones de que eran teatro tantos reinos, podian enhorabuena contrariar sus planes, destruir sus esperanzas ó arrancarles la vida; pero habian previsto ya estas eventualidades del apostolado, y se sometian á ellas con efusion placentera. Proscribíanles, asesinábanles en una parte; bien pronto se les veia aparecer en otra. Consumado ya en su mente el sacrificio de su vida, desde el momento mismo en que ponian el pié en el buque francés, español ó portugués, que surcaba hácia las regiones orientales, la certidumbre de la muerte que les aguardaba solo servia para inflamar mas y mas su ardor. Así es como sin otros recursos que una abrasada caridad realizaron la conquista de las Indias, del Asia y de ambas Américas. Es verdad que en estas misiones, cuyo conjunto seria imposible describir, se vieron hechos el blanco de crueles alternativas, de buenos y malos dias; pero merced á una perseverancia incontrastable, se mostraron mas vigorosos que los acontecimientos combinados con las pasiones de los hombres; vieron á mas de un triunfador, como Tomás Kouli-Kan, tener al mundo en expectativa de sus hazañas, y supieron obtener de él la proteccion que no otorgaba ni aun á los ministros de su culto.

Es verdad que contaban con enemigos poderosos é implacables rivales, que se divertian en abultar sus faltas, transformando en crímenes sus errores. Tanto en el Brasil como en el Perú, en Méjico como en el Maduré, se levantaban contra ellos las mas malignantes imputaciones; y á veces hasta los mismos obispos,

¹ Entre los varios colegios y seminarios que contaba la Sociedad en la provincia de Goa, encargados de sostener las misiones del Indostan, merecen particular mencion el de Santa Fe, creado por san Francisco Javier, el de San Pablo, y la residencia de Bandughor, el noviciado de Goa, el colegio de Rachour, y los de Basaim, Daman, Tanan, Diu, Agra, Cnaul y Delly.

como Cárdenas y Palafox, reprobaban esa devoradora actividad que los impelia hácia todos los continentes; pero la guerra intestina no les intimidaba mas que la que habian declarado á los ídolos ó á los vicios de la humanidad; y muchas veces los prelados del Nuevo Mundo, como Hernando Guerrero, arzobispo de Manila, repararon las injusticias que, seducidos por falsos alegatos, habian cometido contra la Sociedad de Jesús. En un momento de efervescencia, habia privado Guerrero á los Jesuitas del derecho de evangelizar á las Filipinas; pero dando lugar en su alma á sentimientos mas moderados, retractó su anatema.

«Por este presente acto, se lee en la *Historia de Filipinas* ¹, «anulamos, así en general como en particular, el decreto que hemos publicado el 16 de octubre último, por el que prohibíamos á los Jesuitas el predicar fuera de sus iglesias en toda la extensión de nuestro arzobispado; pasando además á derogar el acta publicada el 19 de octubre, y declarando que los motivos que llamábamos justos, y que nos determinaron á lanzar el entredicho contra los citados Padres, no eran ni una doctrina errónea, ni malos ejemplos, ni ninguna otra causa deshonrosa para la Compañía ó para alguno de sus miembros. Reducíanse únicamente al disgusto que nos causaba el ver que los dichos Padres no habian tenido á bien presentarse en la asamblea convocada por Nos para el 19 de octubre, excusándose con decirnos que les asistían justas razones para no verificarlo, como después hemos averiguado ser verdad. En fe de lo cual declaramos, que los mencionados Padres de la Compañía pueden predicar libremente en todo el arzobispado, tanto fuera de sus iglesias como en cualesquiera otro lugar.»

Cuando los pueblos daban algunas treguas á la persecucion, entonces se fomentaba esta en los palacios de los soberanos que, segun sus caprichos otorgaban ó retiraban la facultad de propagar el cristianismo, pasando de amigos de los Jesuitas á carcéleros ó verdugos. Tal fue el ejemplo que de esta verdad dió á mediados del siglo XVII el monarca Jehangira, emperador del Mogol. Es cierto que Akebar, su padre, habia acogido favorablemente á los misioneros; pero impulsado el hijo por los bracmanes, cuya autoridad disminuía visiblemente, al paso que intimidado por sus amenazas, ordenó que los Padres abandonasen inmediatamente

¹ *Storia delle Philippine*, pág. 220.

el Mogol, y que sus vasallos renunciasesen á la nueva religion. Algunos Jesuitas, entre ellos el P. Fiaillo, sucumbieron á su furor; sus iglesias de Lahore, Delly y Agra fueron destruidas completamente; los neófitos se vieron condenados al destierro ó á la muerte, y privados todos ellos de sus bienes, y despojados de sus dignidades; á todo lo que se resignaban con el mayor gusto antes que blasfemar al Dios que habian recibido del Occidente. En medio de tantas tribulaciones, no perdieron los misioneros la esperanza ni el valor: contaban amigos ocultos en la intimidad, y hasta en la familia del Emperador, y trataron de hacerlos obrar, aunque con discrecion. Mirza Fulkarnem, colactáneo de Jehangira, levanta su voz desde el fondo de su ostracismo; y habiéndosele atendido, pudieron los Jesuitas continuar en su mision. Los ingleses y holandeses, á quienes se habia permitido crear en Agra algunas factorias dependientes de Surate, se dedican desde luego con negra ingratitud á encender la tea de la discordia entre el Soberano y los habitantes del Mogol; pero no bien habian inaugurado su empresa, cuando ciertas discusiones de interés, agregadas á mezquinas rivalidades de comercio, fraccionan y dividen entre sí á estos hombres, dispuestos siempre á coligarse contra el pendon del catolicismo. La disension suscitada iba tal vez á ser fatal á los hijos de Albion y de Holanda: ya los cónsules de ambas naciones residentes en Surate habian agotado todos los recursos de la diplomacia para reconciliarlos; ya no sabian qué medio tomar para poner coto á esta disidencia, cuando se les ocurre apelar á la justicia de los Padres de la Compañía, eligiéndolos árbitros supremos en una causa que les es completamente extraña. Los Jesuitas pronunciaron su fallo con tanta equidad, con tal moderacion y prudencia, que ambas partes lo aceptaron como basa de sus transacciones futuras, quedando de esta manera vengada la sangre de esa multitud de misioneros que habian derramado los anglicanos y holandeses, y que aun no cesaban de derramar.

Después que el P. Alejandro de Rhodes habia tenido la suerte de introducirse en Tong-King y la Cochinchina ¹, el cristiano se

¹ Proscrita la fe católica en el Japon, los Jesuitas que pertenecian á esta provincia continuaron dependiendo de un provincial, que fijó su residencia en Macao, y que gobernó á los misioneros de Siam, Tong-King, la Cochinchina y otras varias residencias del Celeste imperio. El nombre de la provincia del

habia visto expuesto á diversos azares. En estas comarcas, así como en todas partes, experimentaban los Jesuitas las consecuencias de los odios locales; pero hasta entonces, ya como facultativos en ciencias médicas, ya como matemáticos, habian conseguido conjurar la tormenta, que al fin estalló en 14 de mayo de 1698, exponiendo á los PP. Arnedo, Belmonte, Pelisson y Condonné á los ultrajes é insultos de los paganos. Habiendo sido una noche destrozados los ídolos, sus sacerdotes imputaron á los Jesuitas un crimen que no habian pensado cometer en sus mas venturosos dias; y en consecuencia se les intimó la órden de pisar la imágen de un Crucifijo, ó disponerse á espirar en medio de los tormentos. José Condonné, uno de ellos, para quien el martirio era un consuelo, pereció sumido en los calabozos, mientras que cautivos ó errantes de gruta en gruta sus compañeros, después de sostener por largo tiempo el ardor de sus neófitos, sucumbieron, por último, á la fatiga. Mas no tardaron estos diez Jesuitas en verse reemplazados por otros veinte, que bajo la direccion de los PP. Monleyzo, Kofler, Laurezzo y Monteiro, se presentaron en el sitio del combate donde habian perdido aquellos la vida.

Hasta el año de 1630 solo habian logrado los Jesuitas emprender algunas excursiones pasajeras en el reino de Siam; pero en esta época, no solo consiguieron los PP. Morejonio, Cardin y Ninscio penetrar en él como enviados del gobernador de Filipinas, y encargados del rescate de los esclavos cristianos, sino que, sabiendo el Monarca que los misioneros de Occidente poseian el secreto de una vida mas afortunada, al par que medicamentos para todos los males del cuerpo y del espíritu, dió libertad á los cautivos sin exigir rescate alguno, y quiso conservar cerca de sí á estos hombres apostólicos, cuya fama habia llegado hasta las gradas de su trono. Aprovecháronse los Jesuitas del afecto del Príncipe; y, pasando á secundarles el P. Margici, dieron principio á sus tareas de proselitismo, edificaron iglesias, y se dedicaron

Japon, conservado hasta la extincion de la Órden de Jesús en 1774, revela en los Padres el mismo espíritu que inspira á la Iglesia la conservacion de los títulos de los antiguos obispados situados actualmente en los países gentílicos. Y si los obispados *in partibus* indican la esperanza que jamás ha perdido la Santa Sede de ver resucitado el antiguo culto en las regiones en que brillara en otro tiempo con tanto esplendor, el restablecimiento de la silla de Argel prueba hasta la evidencia que semejante esperanza no es una ilusion.

á la educacion de la juventud. Propagábase el cristianismo sin oposicion por las fecundas riberas del Mesnan, cuando cierto corsario español atacó é incendió un navío de línea, cargado de ricas mercancías. Aquí fue troya; sabedores los naturales de que el corsario español habia salido de Filipinas, acusan á los Jesuitas de estar en inteligencia con él: irritanse los ánimos; arrastran á una mazmorra al P. Margici, y le hacen morir envenenado. Algunos años mas tarde, volvieron á entrar triunfantes en Siam la Religion y los Jesuitas, bajo los auspicios de Luis XIV y las bellas letras.

Gobernaba á la sazón los Estados del rey de Siam, bajo el título de visir, un aventurero de la isla de Cefalonia, conocido con el nombre de Constancio Phaulkon, quien en medio de una corte tan fecunda en revoluciones palaciegas, trató de dar á su autoridad un apoyo exterior. Católico ferviente, empeña al Monarca siamés á entablar una alianza con el gran rey de Occidente, y envia dos embajadores á Francia, cargados de ricos presentes, para proponer, en nombre de su amo, un tratado de comercio, al paso que una esperanza de cristianismo. Esta embajada extraordinaria, salida del fondo del Oriente para saludar á Luis XIV, tuvo la desgracia de perecer en la travesía; pero lisonjeados con esta idea sus gustos de ostentacion, y conviniendo perfectamente con sus miras de propaganda católico-francesa, acogió con avidez las proposiciones de Constancio, y se decidió á responder á las demostraciones que se le habian hecho de antemano.

El 28 de enero de 1685 otorgó el Monarca francés, por medio de un decreto refrendado por Colbert, el título de matemáticos suyos en la China é Indias, á los seis Jesuitas Fontaney, Tachard, Lecompte, Bouvet, Gerbillon y Videlou; conteniendo la órden nominal de cada uno de los misioneros la siguiente declaracion: «Siéndonos agradable el contribuir por nuestra parte á cuanto «puede consolidar cada vez mas la seguridad de la navegacion, «y perfeccionar las ciencias y las artes, hemos creído oportuno «que, para mejor conseguir este objeto, era indispensable enviar «á las Indias y á la China algunas personas ilustradas y capaces «de hacer observaciones á la europea; y juzgando que, para obtener este resultado, no podíamos realizar una eleccion mas «acertada que la del P. Fontaney, á causa de los conocimientos «especiales que tenemos de su extraordinaria capacidad, autori-

«zamos, por una gracia especial nuestra, de nuestro pleno poder y soberanía real, al mencionado Padre para que pase á la China en clase de matemático nuestro. Y por ser así nuestra voluntad, damos las presentes firmadas por nuestra mano.»

Los otros cinco Jesuitas recibieron un despacho idéntico. Deseando la Academia de ciencias honrar á su vez á estos humildes misioneros, que pasaban en nombre de la Religion y la humanidad á difundir la semilla del Evangelio en unas regiones desconocidas, al paso que á estudiar bajo otros climas las relaciones del hombre y la naturaleza, después de admitirlos en su seno, les suplicó se dedicasen á perfeccionar las artes, á recopilar observaciones astronómicas, á determinar las longitudes, y á profundizar y resolver varias dificultades, que hasta entonces no tenían solución sobre la geometría, física, anatomía y plantas. Cada sabio escogió á uno de estos seis Jesuitas por delegado de sus estudios particulares: quien les encargaba examinar en las Indias los eclipses del sol y de la luna; quien hacer varios experimentos sobre el vacío, y solicitando todos que les proporcionasen toda suerte de conocimientos sobre las artes útiles. Empero, si la Academia se dividía, si los seis Jesuitas marchaban para las Indias mientras se quedaban en Paris los demás miembros de ella, convínose, sin embargo, entre todos que, tanto de lejos como de cerca, no dejarían de ser hermanos por la ciencia los que ya lo eran por religion y por la patria. Embarcáronse los misioneros en Brest en compañía del caballero de Chaumont, nombrado embajador en Siam, y el 22 de setiembre de 1686 arribaron á Meinam.

Semejante mision debió parecerles verdaderamente insólita, ora porque no veían en derredor suyo peligros que arrostrar; ora porque, bajo la protección de un monarca cuyo nombre volaba en alas de la fama por todo el universo, marchaban á la conquista de un pueblo á quien su Soberano parecía con antelación destinar á la religion de los literatos de Europa; como porque el lujo diplomático y guerrero de que se veían cercados despojaba á su apostolado de todo su prestigio. Pero si las persecuciones y el martirio no amenazaban en esta ocasion á sus cabezas; si el rey de Siam los colmaba de honores y deferencias, ya admitiéndolos á ver el elefante blanco que, como el caballo consúl de Calígula, era ordinariamente servido en vajilla de oro; ya otorgándoles el

permiso de visitar la rica pagoda y todos los monumentos; ya pidiéndoles, por último, otros doce Padres con el objeto de erigir en sus Estados un observatorio igual á los de Paris y Pekin, los Jesuitas no pudieron menos de conformarse con la posición que se les proporcionaba. Persuadidos de que la ciencia era el camino mas directo para destruir las creencias paganas, mientras que la conversion del Soberano siamés se negociaba por medio de los plenipotenciarios, se ocuparon los hijos de Loyola en propagar aquella; y después de haber hecho algunas observaciones astronómicas, se puso en camino para Francia el P. Tachard en union de los embajadores siameses, que pasaban á Roma y Versalles á llenar las intenciones de su Príncipe.

Este último solicitaba que le enviasen algunos Jesuitas, mas bien en clase de literatos que de misioneros; mas siendo de esperar que el conocimiento de los secretos de la naturaleza le conduciría poco á poco á proclamar la necesidad de un Dios único y de una sola fe, no tardaron Luis XIV y el General de la Compañía en acceder á esta demanda, y eligieron á los PP. Royer, Béze, Thionville, Dolu, Richaud, Colusson, Bouchet, Comilli, Espagnac, San Martin, Le Blanc, Du Chez, Rochette y Breuille, escogiéndolos de las provincias de Paris, Guiena, Languedoc, Champaña y Lyon, para que marchasen á desarrollar el germen del cristianismo que se manifestaba en aquella parte de las Indias. Habiendo pasado los Jesuitas á cumplir la palabra á Luis XIV, que deseaba verlos á todos reunidos, después de intimarles que trabajasen por la gloria de Dios y el honor de la Francia, queriendo acreditarlos cerca del rey de Siam, escribió á este Príncipe la siguiente carta fechada en 20 de enero de 1687:

«Nos creemos obligados á manifestar á V. M. que nos ha sido tanto mas agradable la petición que nos ha hecho por medio de «sus embajadores y del P. Lachaise, nuestro confesor, respecto á «remitirle doce Jesuitas franceses en clase de matemáticos, con el «objeto de establecerlos en las dos ciudades regias de Siam y Lou- «vo, cuanto que habiendo experimentado siempre el celo, sabiduría y capacidad de estos religiosos, esperamos que los servicios «que podrán prestar á V. M. y súbditos, contribuirán á consolidar «mas estrechamente nuestra real alianza, y á unir á ambas naciones por el cuidado con que tratarán de inspirarlas el mismo espíritu y los mismos conocimientos. Nosotros os los recomendamos